

La historia menuda

JUAN MARQUÉS

Si la intención del joven investigador algetino Francisco Fuster García era «poner a disposición del lector aquellos artículos en los que Azorín nos explica mejor, con más argumentos y ejemplos, en qué consiste según su opinión la labor del historiador y qué es -o qué no es- para él la historia», el resultado de este volumen es impecable, y se agradece poder contar desde ahora con esta útil reunión de textos del escritor monoverense sobre aspectos de historiografía, sobre todo porque la mitad de ellos (publicados, entre otros medios, en ABC) permanecían inéditos en libro. Si una de las conclusiones principales es, según avisa la contracubierta, admirar que «la cantidad y calidad de reflexiones azorinianas dedicadas a este asunto no tienen parangón», se podría objetar que, aunque es cierto que Azorín escribió miles de páginas sobre aspectos del pasado y sobre personajes históricos (y que, en cierto modo, como tantas veces dijo él mismo, pasaba más tiempo y se movía más a gusto en lo pretérito que en su presente), esta recopilación de treinta y un textos sobre teoría de la historia, entre más de cinco mil quinientas colaboraciones en prensa conocidas, no es abrumadora, y más si además comprobamos que en varios de ellos la reflexión sobre el oficio de historiador se limita a unas pocas líneas a la hora de comentar una novedad editorial de sus días o de abordar el carácter de algún ilustre aludido (en este caso, especialmente, su continua defensa de Felipe II o su admiración por Jovellanos).

En cuanto a la calidad, es la esperable y tan reconocida en Azorín, aunque tampoco está de más observar que no se debe exagerar la aportación de este escritor a esa materia, ya que, aunque siempre fino, sensato e inteligente, sus reflexiones al respecto no son tanto teorías originales o profundas como impresiones juiciosas y bonitos apuntes sobre la importancia de las cosas pequeñas y cotidianas en la marcha de la gran historia, una «historia menuda» emparentada con la «intra-historia» unamuniana. En ese sentido, Francisco Fuster destaca con razón que, para José Martínez Ruiz, «la

vida de cualquier individuo era digna de ser tenida en cuenta como materia histórica» (p. 23) y después, aquí y allá, arremete a la manera de Tolstói contra el determinismo y, desengañado ante la posibilidad de ser plenamente objetivo, concede gran importancia a la creatividad y sensibilidad del historiador.

Otras de sus mejores opiniones son expresadas a través de definiciones que funcionan más bien como aforismos («La historia es la conversión del pasado en presente»: p. 87; «A pesar de la Historia, lo pasado es tan impenetrable para nosotros como lo futuro»: p. 127; «los hechos son poca cosa si no se los relaciona con las ideas»: p. 188; «la historia no es más que la subordinación de unos elementos a otros en el curso del tiempo»: p. 204; «La muerte moral es el olvido; la historia es la lucha contra el olvido»: p. 221; «Si la historia no nos enseña a vivir, a sentir, no será completa historia»: p. 228...) y, como parte constitutiva del 98, comprende que «el amor a la patria implica, no su apología inconsiderada, exaltada, sino su crítica, en el pasado y en el presente» (p. 123). Pero uno, seguramente por aquello que llaman deformación profesional (una forma muy fea de referirse a lo que en buena parte de los casos será amor o vocación), no ha subrayado en este volumen tantas reflexiones sobre historiografía o sobre acontecimientos y personajes

históricos como sobre literatura, terreno en el que Azorín también se mostró casi siempre lúcido. Así, aparte de lanzar una declaración de amor por los libros bien editados, exponer con exactitud las dificultades últimas de la novela histórica, reflexionar sobre la falta de veracidad de la novela picaresca y ofrecer una idea sobre el lugar de su propio grupo literario, emerge de repente el Azorín definitivamente perspicaz, discretamente divertido, amante de lo humilde y buscador de lo verdadero: «Cuando leemos algún poema antiguo, del anónimo autor del Poema del Cid o de Berceo, nos imaginamos que esos poetas eran hombres candorosos. Pero enseguida pensamos también que Berceo está sonriendo cuando le asignamos esa condición de candor, y que el verdadero candor lo tenemos nosotros» (p. 88).

Se trata de una recopilación de 31 textos en los que el autor monoverense explica con argumentos y ejemplos de personajes del pasado cuál es la labor del historiador

¿Qué es la historia?

Azorín

Fórcola Ediciones

Edición, introducción y notas de Francisco Fuster García
Madrid, 2012

240 páginas. 17,50 euros

A la derecha, Azorín en 1945. Abajo, el escritor y articulista, posando con un ABC en las manos años más tarde

